

Anamorfosis

Armando Pereira

Debo comenzar confesando que cuando Hans Sättele, en una conversación telefónica, me pidió que presentara la revista *Anamorfosis*, enseguida pensé: "¡Qué fastidio, una revista más!" No hacía más que corroborar una sensación que ya tenía de tiempo atrás: el hecho de que algún día — muy pronto, sin duda— termine habiendo más revistas literarias que lectores de revistas literarias.

Sin embargo, al hojear la revista, primero, y más tarde, al leer los ensayos que se me había pedido que comentara —"La bordado" de Adriana Isla, "César Vallejo" de Raymundo Mier y "Paul Celan" de Hans Sättele— mi primera impresión cambió definitivamente. No se trataba de una revista más. Se trataba, más bien, de otra revista. Un discurso —en los tres ensayos aludidos— que al acercarse a la literatura lo hacía desde una perspectiva, si no inédita, sí por lo menos poco habitual en nuestro ámbito cultural. Circunscribir esa perspectiva al psicoanálisis sería reducirla, empequeñecerla. Toda perspectiva metodológica unilateral adelgaza hasta la anemia al objeto que toca, lo reduce al ángulo de mira, lo encierra en una especie de cárcel conceptual. No es el caso de los ensayos que conforman la primera sección de *Anamorfosis*. Si el psicoanálisis está en ellos es como una base necesaria, como un punto de partida; no como una cárcel. En los tres ensayos —y particularmente en el caso de Raymundo Mier— la sensibilidad del ensayista frente al texto analizado no se deja nunca atrapar en los márgenes de un saber especializado. Lo usa, en lugar de ser usado por él. Y esto es algo francamente encomiable.

No dispongo del tiempo ni del espacio suficiente para analizar detenidamente cada ensayo por separado. Pero hay una noción esencial sobre la escritura que los recorre a los tres por igual y a la que en particular quisiera referirme: la noción de vacío.

"Se escribe desde el vacío —dice Raymundo Mier siguiendo a Vallejo—, es el propio vacío el lugar original de la escritura." Y en realidad, cuando pensamos en las razones que llevan a un sujeto a escribir no encontramos más que esa oquedad esencial que el sujeto trata inútilmente de colmar

con palabras. Es esta la idea que rige también al texto de Adriana Isla: la escritura de Bernardo Soares no es otra cosa que un trabajo de bordado: hilar, tejer, hilvanar unas palabras con otras hasta que brote un sentido allí donde antes no había nada, un sentido además que terminará cubriendo —hasta hacerlo olvidar— el vacío del que nace la escritura. Es el mismo vacío del que habla Celan —esas "cuevas de palabras"— en el poema que analiza Hans Sättele.

Pero quizá lo importante no es poner el acento en el vacío (porque del vacío sólo podemos decir que está vacío), sino en el sentido que oculta ese vacío. Y es aquí donde el texto de Raymundo Mier se despeg

los otros dos ensayos que lo acompañan. Pues hay en él una exploración más amplia de esos otros registros —significación, ritmo, etc.— que nos permiten hablar de un texto literario. La literatura es ante todo una voluntad de decir. No sería lícito pensar en ella como la huella de una carencia. Creo que habría que pensar, más bien, que se trata de una plenitud, precisamente la plenitud del sentido.

De cualquier manera, me parece que los tres ensayos a los que he aludido constituyen un intento serio y loable de acercarse a la literatura desde una perspectiva —el psicoanálisis— que tiene todavía mucho que decir no exactamente sobre el inconsciente o los traumas de infancia del autor analizado, sino de ese deseo que recorre a la escritura y que hace de ella un espacio imaginario donde todo es posible, un espacio marcado justamente por la abundancia y la plenitud. ◊

Texto leído en la presentación del Nº 2 de la revista *Anamorfosis*.

